

1. El mensaje

El mismo día en que mataron a Umberto Anastasia en Nueva York, escapó un hipopótamo del Zoológico de La Habana. Puedo explicar esa conexión. Nadie más puede hacerlo, sólo yo, y aquel sujeto que cuidaba de los leones. Se llamaba Juan Bulgado, pero prefería que le dijeran Johnny: Johnny Angel o Johnny Lamb, todo dependía de su estado de ánimo. Además de darles de comer a las fieras, se encargaba del matadero, ese hediondo rincón donde sacrificaban a las bestias que servían de alimento a los carnívoros. Una larga cadena de sangre. El zoológico es eso. Y la vida, a menudo, también lo es.

Juan Bulgado no ha muerto, está encerrado en un hogar de ancianos, ha olvidado que su nombre de batalla es Johnny, y las monjitas que lo cuidan lo llaman Frank, luego diré por qué. Cuando lo conocí, en octubre del 57, frisaba los cuarenta años. Me parece que llegó a cumplirlos en medio del vendaval. Yo en cambio era muy joven, acababa de pasar por el amargo trago de mi fiesta de cumpleaños, la número veintidós, que se celebró de una manera muy parecida a las veintiuna anteriores: mamá en su nube, un poco mareada por causa del Marsala all'Uovo, el único licor que acostumbraba beber en ese entonces; papá abrazado a mi hermano mayor, ingeniero como él, ambos fumando sus torpedos H. Upmann; mi hermana, que había cumplido diecisiete, incómoda en su vestido de encajitos. Éramos tres hermanos muy diferentes entre sí, con un padre bastante parecido a mi hermano mayor,

y una madre que no se parecía a nadie: desgarbada, fumadora, tensa, con una voz que era como un cristal histérico, y el pelo totalmente blanco. Tan atrás como la puedo recordar, la recuerdo canosa, y probablemente tenía canas antes de traerme al mundo. Pudo haber sido una mujer interesante, pero sus amigas la consideraban latosa. Y los hijos de sus amigas, algunos de los cuales fueron mis compañeros de clase, se encargaron de transmitirme esa opinión.

Anastasia murió acribillado en el Park Sheraton de Nueva York, en Séptima con 55, sobre un triste sillón de barbería, donde quedó con la cara aún embarrada de espuma, como un pastel a medio decorar. La noticia llegó por teletipo al periódico. Se suponía que no debía importarme, porque mi trabajo, desde hacía año y medio y quién sabe por cuánto tiempo aún, era el de entrevistar artistas: cantantes, bailarinas, comediantes. Los comediantes, por lo general, son presumidos con muy mal carácter. No me gustaba lo que hacía, detestaba ese tipo de periodismo ligero, pero no había tenido alternativa cuando empecé a trabajar en el *Diario de la Marina*, recomendado por un amigo de mi padre. Todas las plazas que hubiera preferido estaban ya cubiertas, y sólo necesitaban algún estúpido que se sintiera feliz de averiguar qué nuevos planes calentaba la cabecita hueca de Gilda Magdalena, la más rubia de nuestras vedettes; o de qué harén se había escapado Kirna Moor, bailarina turca que arrasaba en las noches del Sans Souci; o de qué orquesta se hacía acompañar Renato Carosone, payaso italiano que cantaba la absurda canción que no paraban de poner por radio: *Marcelino Pan y Vino*.

Arranqué del teletipo el cable que contaba la muerte de Anastasia y corrí donde el jefe de Redacción, un animal con voz de capataz que se llamaba Juan Diego.

—¿Vio esta noticia? —le extendí el papel—. Apuesto a que caerán varias cabezas. Aquí mismo, en La Habana, yo creo que...

Juan Diego se llevó el dedo índice a los labios para que me callara, tomó el cable de mis manos y leyó dos o tres líneas antes de tirarlo sobre su escritorio.

—¿Y a quién le importa? —silabeó con desdén—. ¿A quién le va ni le viene que hayan matado a ese gordo?

Hizo una pausa, garrapateó una nota sobre otro cable y cayó en la cuenta de que me había quedado allí, clavado en el suelo, aferrado a la última esperanza de cubrir algo más sustancioso.

—¿No tienes nada que hacer? —preguntó sin levantar la vista, condescendiente como si le hablara a un niño.

—Sí —respondí—. Puedo escribir un artículo sobre la muerte de Anastasia. Puedo ir al Hotel Nacional, o a la Placita de los Judíos.

—Vete al zoológico —alzó la voz y también la cabeza: vi su cara porcina, llena de lunares—. Se escapó un hipopótamo y lo mataron ayer tarde. No te preocupes por Tirso, yo le diré que te mandé a cubrirlo. Averigua lo que puedas.

Tirso era mi jefe y controlaba las páginas de Espectáculos. Flaco, indeciso, con unos dedos largos y resecos que parecían fideítos caducados. Su pasatiempo favorito era coleccionar las fotos de las jovencitas, cantantes o actrices de dieciséis o diecisiete años, que salían de la nada y a la nada tantas veces tenían que volver. Una de ellas lo atraía más que ninguna, se llamaba Charito, y cuando el fotógrafo del periódico la retrataba, tenía que hacer un juego de copias adicionales para el Flaco T., que era como le decían a mi jefe. Luego yo lo veía meter las fotos en un cartapacio, y se me figuraba que al llegar a su casa, en la tranquilidad de la noche, las extendía sobre la cama y las

miraba fijo, soltero al fin se desvestía mirándolas. A mí también me gustaban las actrices, pero las mayores. Esas mujeres de treinta o treinta y cinco que solían tratarme con mucho sosiego, conversaban sin ponerse necias, y alguna que otra vez me permitían acompañarlas a la cama. Varias me lo permitieron. Era lo único realmente conmovedor de aquel trabajo de infelices.

Salí del periódico y me dirigí al zoológico. En aquel tiempo, yo manejaba un Plymouth del 49 que había sido de mi padre, y que más tarde heredó mi hermano, hasta que mi hermano comenzó a ganar dinero y fue capaz de comprarse lo que él denominaba «un trueno para dos», que no era otra cosa que un Thunderbird del 57. Me detuve a pocos metros de la entrada. No había vuelto al zoológico en muchos años, casi diez habían pasado desde la última vez que mi madre nos había llevado a mi hermana y a mí. Mi hermana en aquel tiempo era una niña alegre y emprendedora, en la que ya iban asomando las formas, los gestos, las aficiones de un varón.

Contrario a ella, nunca me gustaron los animales, ni siquiera los perros. Me irritaba el hedor del zoológico, y no le veía la gracia a las jirafas ni a los elefantes, ni mucho menos a los flamencos. Ignoro por qué razón tenían allí tantos flamencos. No importaba cuán colorido o simpático fuese un animal, carecía y aún carezco de esa sensibilidad para encariñarme con ninguno. Volver al zoológico, en aquellas circunstancias, me parecía en cierto modo vergonzoso: debía buscar el lugar donde había caído el hipopótamo, entrevistar al director, al cuidador del animal, quizá a unos pocos niños. Los lectores, en su mayoría, son tan perversos como para interesarse por las opiniones de los chiquitos. A eso se limitaba, por el momento, mi flamante carrera: escribir sobre un animal medio podrido y olvidarme de que Umberto Anastasia, el Gran Ejecutor de Murder, Inc.,

había caído en Nueva York, casi seguro que por meter las narices en los negocios de La Habana. Una historia soberbia que le tocaría escribir a otro. O a nadie. Los dueños de los periódicos evitaban abordar esos temas.

Un barrendero que encontré justo a la entrada del zoológico me condujo hasta la oficina del director. A medida que avanzaba por el parque, me venían a la mente ciertas imágenes de mi niñez: senderos encharcados, algodones de azúcar, un mono malherido que agonizaba dentro de una jaula, todo ello matizado por los ridículos reproches de mamá, que intentaba inútilmente corregir los gestos de mi hermana. Como no lo lograba, culpaba entonces a mi padre. «Voy a tener una hija marimacha —se quejaba en mi presencia, quizá en presencia de mi hermano, jamás delante de la niña—, y a ti, Samuel, parece que te dé lo mismo». Mi padre no le respondía, actuaba como si no la oyera, íntimamente era consciente de que su hija Lucy no tenía remedio. Era su tercer hijo varón empaquetado en un robusto cuerpo de mujer. Una desgracia como cualquier otra.

El director del zoológico no parecía director de ningún zoológico, al menos no me lo hubiera imaginado así: pulcro y distante, un hombrecito retraído, de cara fofa, con una medio mueca de asco, enseguida me di cuenta de que estaba asqueado, pero no se me ocurría de qué. Cuando entré en su oficina tenía el sombrero en las manos, me figuré que estaba a punto de ponérselo para salir. Hablamos poco, me dio unos cuantos datos sobre el hipopótamo: dijo que era un macho recién salido de la adolescencia, que había nacido en el Zoológico de Nueva York y llevaba unos cinco años en Cuba, bastante inquieto, eso sí; de acuerdo con el cuidador, había sido siempre un animal nervioso. Si deseaba tomarle una fotografía, con mucho gusto un empleado me acompañaría hasta el lugar en donde había caído y en el que continuaba tendido, en espera de que lo examinara el

veterinario forense. Por lo demás, era pronto para determinar si había escapado porque alguien propició la huida, o si el propio animal había embestido y derribado las cercas, tan propensos como eran los hipopótamos a deambular de noche. Mientras me hablaba, supongo que adivinó el hastío que me producía estar allí y cambió de tono, me miró de arriba abajo y preguntó, con un poco de sorna, si por fin deseaba retratar al animal, o si bastaba con lo que me había dicho. Respondí que no bastaba, que quería entrevistar al cuidador y tomar unas fotografías.

—Buscaré a alguien que lo acompañe —dijo.

Se asomó a la puerta y le pegó un grito a un tal Matías. Respondió un anciano barbudo, desdentado, cuya pestilencia se encajó en mi nariz como un anzuelo. Sin presentarnos, le ordenó que me llevara, primero, al estanque que había ocupado el hipopótamo, y luego a la linde del bosque que rodeaba el zoológico, donde había un área acordonada alrededor del animal. El viejo me miró con curiosidad, yo llevaba una libretica en la mano y una cámara colgada al hombro.

—Venga por aquí —me dijo, y lo seguí en silencio, jurándome que acabaría lo antes posible.

Cuando llegamos al estanque, vi que otra bestia chapoteaba en el agua.

—Es la hembra —anunció el viejo—, se ha quedado viudita.

Repetió «viudita», quizá esperando que le riera la gracia, y le dirigí una mirada de sumo desprecio. Tomé un par de fotos y le hice señas de que continuáramos. Me quedaba lo peor: enfrentarme a esa mole que imaginé descolorida, supurante, desfigurada por la hinchazón. Al llegar comprobé que el espectáculo superaba por mucho cualquier horror que me hubiera cruzado por la mente: al hipopótamo se le salían las tripas, que con el resplandor del sol, des-

de el lugar donde me hallaba, parecían de un metálico intenso, entre el verde y el violeta claro. Un puñado de auras tiñosas lo sobrevolaban en círculos, formando eso que llaman una corona negra.

—Ahí tiene al paseante —me advirtió el viejo mostrándome lo obvio, porque era imposible no ver al hipopótamo tendido de costado, rodeado de hombres con overoles grises que supuse eran empleados del zoológico, y que curioseaban en silencio. Uno de ellos era una especie de guardia que impedía que nadie se acercara demasiado—. A éste me le abres paso —vibró la voz del viejo con una autoridad desdentada, su registro recordaba el de una trompeta china—. Viene del *Diario de la Marina*.

Todos se volvieron para mirarme. Tengo la impresión de que esperaban ver a un sabueso de carácter, un hombrón con las mangas enrolladas y el sombrero echado para atrás. En su lugar se encontraron a un rubio esmirriado, con el bozo de monaguillo y los zapatos de dos tonos que parecían heredados de su padre. Y así mismo era: yo los había heredado de papá.

—Primero tomaré unas fotos —propuse—. Pónganse de lado, como si acabaran de encontrar al hipopótamo.

Es un recurso que no falla: a este tipo de gente le encanta salir en los periódicos. Mientras enfocaba al animal, y a la turba de fronterizos que sonreía a la cámara, me puse a pensar qué pregunta original podía yo hacerle a nadie sobre la estampida y posterior deceso de la bestia; qué ángulo distinto se podría destapar, o en qué detalle valdría la pena hurgar. Aun cuando me amargaba tener que escribir aquella nota, tampoco era cosa de tirarla por la borda. Nunca se sabía de dónde podría surgir el golpe de suerte que me allanara el camino para salir de Espectáculos hacia otra zona más suculenta del periódico:

las noticias de los juzgados, por ejemplo, o las crónicas del aeropuerto.

Empecé por el cuidador del animal: negro retinto y taciturno, de unos cincuenta años, con aires de estibador y un diente de oro que le vi cuando mordió el tabaco. Tenía además un quiste enorme en mitad de la frente, como una pelota de ping-pong que se le hubiera incrustado allí. Poca cosa podía contarme, tan sólo que al llegar al zoológico, en la madrugada, unos soldados ya andaban rastreando al animal y a él le prohibieron acercarse. Lamentaba no haber llegado antes, pues la bestia conocía su voz, y más que su voz, el aullido que le daba siempre para avisarle que le traía comida. A continuación emitió el aullido para que yo lo oyera, y me llamó la atención que a nadie le hiciera gracia esa ridiculez, ninguno allí se echó a reír. Me di cuenta de que la fauna que trabajaba cuidando de los animales era más fauna que los propios bichos. Le pedí al negro que se acercara al hipopótamo para tomarle una fotografía, y me complació sin chistar. Es más, se arrodilló junto al animal y apoyó su mano sobre el lomo reseco. Era todo cuanto necesitaba. Sabía que una imagen así valía más que cualquier párrafo que pudiera escribir sobre la situación del negro, súbitamente huérfano; el infeliz proyectaba orfandad. Tomé otras fotos en las que aquel tipo abría la boca y apretaba los ojos, en un gesto parecido al llanto, pero que no era tal. Mucho más tarde comprendí que los cuidadores del zoológico jamás lloran por animal alguno. No deben ni pueden hacerlo.

Cuando empezaba a guardar la cámara, una Kodak Retina nuevecita, regalo de cumpleaños de mi hermano, noté que uno de los hombres del grupo se me acercaba. Era un tipo aindiado, de ojos nerviosos, femeninos casi, con una gorra de presidiario que no pegaba para nada con el uniforme. Pensé que me quería preguntar algo sobre la cámara y me apresuré a meterla en el estuche, no me interesaba

entablar conversación con nadie, y menos con un cuidador de monos o algo así. Levanté brevemente la vista y vi que el hombre sonreía, tenía los labios oscuros y los dientes amarillos. Señaló con la cabeza hacia el rendido cuerpo del hipopótamo.

—Eso es un mensaje para Anastasia.

Me tomó unos segundos comprender aquella simple frase. Comprenderla bajo el sol, en la frontera entre el zoológico y el bosque, frente al inmenso vientre abierto del animal, del que empezaban a desprenderse velocísimas burbujas. De pronto reaccioné y quité la vista de la cámara para mirar a los ojos de aquel hombre. ¿Quién podía haber sabido, de entre toda esa gente que me veía por primera vez, que apenas un par de horas atrás yo había intentado escribir una historia sobre Umberto Anastasia, acribillado en el sillón de la barbería del Park Sheraton en Nueva York?

—Anastasia está muerto —repuse.

El otro quedó un poco desconcertado y miró al suelo.

—Qué desperdicio —susurró—. No recibió el mensaje.

Me eché a reír, tratando de ganar unos segundos. Acusé un nerviosismo de principiante, miré el reloj, volví a mirar al hombre, que a su vez observaba la llegada del veterinario forense, un calvo impasible que se abría paso con gran pompa, acompañado de tres o cuatro ayudantes, seguidos de un carretón tirado por una mula, cargado de cajas y poleas.

—¿Hablamos del mismo Anastasia?

Se encogió de hombros y tuve un presentimiento. Busqué el paquete de cigarrillos, creyendo que lo traía en el bolsillo del saco. No había nada allí, ni tampoco encontré una idea que me permitiera retomar el hilo de la conversación. Permanecimos callados dos o tres minutos, mientras mirábamos ambos al veterinario forense, que daba vueltas alrededor del hipopótamo.

—Un Anastasia murió hoy en Nueva York —dije por fin—. Lo acribillaron.

—Ése es el hombre —precisó él sin pestañear y sin dejar de mirar al frente—. Por eso mataron al hipopótamo.

Traté de actuar con naturalidad, como un cirujano lleno de frialdad, de sudor frío también. Uno de los ayudantes del forense pidió que nos retiráramos para poder empezar con la necropsia. Del carretón habían bajado las poleas y un letrero que clavaron en el suelo y que decía «Silencio».

—¿Por qué no hablamos de eso en otra parte? —propuse, pero enseguida me arrepentí porque lo vi sonreír. Tuve el temor, tal vez absurdo, de que me confesara que todo era una broma.

—Usted dirá —me respondió.

—¿Qué le parece mañana?

Demoró en contestar y pensé que lo meditaba, pero no era así, tan sólo se estaba divirtiendo con las piruetas del forense, que se había subido a una escalera de mano y hacía equilibrios para mirar dentro del vientre abierto del animal.

—Tendrá que ser por la noche —murmuró—, a eso de las ocho. Yo vivo en Neptuno, pero me gusta ir al Sloppy Joe's.

El Sloppy era un bar de americanos, me extrañó que un tipo como él frecuentara un lugar como ése. No obstante, hurgué en mi bolsillo y saqué dos pesos.

—Tenga... Tómese algo mientras me espera. ¿Cuál es su nombre?

—Johnny —repuso, sin interesarse por saber el mío. De todas formas le dije que me llamaba Joaquín, tampoco añadí mi apellido.

Di media vuelta para salir del zoológico. El viejo apestoso que me había guiado hasta el hipopótamo corrió hacia mí.

—¿No va a sacar más fotos?

Hice un gesto con el brazo que quería decir que no, o que tal vez, pero que no se me acercara. Y logré mi propósito, porque se mantuvo a distancia, algo desconcertado, sintiéndose probablemente sucio, humillado por mi actitud. En aquel tiempo, los viejos por lo general me repugnaban, no lo podía evitar. Me desagradaban la piel cuarteada, excesivamente seca, y la caspa que genera esa piel. Si además el viejo andaba en harapos y olía a mierda, como era el caso de aquel hombre, mi repulsión era infinita.

Arranqué el Plymouth, que era verde y se llamaba Surprise, conduje lentamente por el caminito bordeado de palmas y concluí que la verdadera sorpresa era ésta: había llegado al zoológico totalmente hastiado, y ahora salía con ilusión, sin prisa, incluso con bastante apetito. Fui derecho al Boris, un restaurante judío de la calle Compostela. En el pasado, me había topado allí con ciertos personajes; supuse que aquel día muchos de ellos tenían motivos para celebrar, y que quizá lo hicieran con un almuerzo en aquel lugar discreto. Boris, el dueño polaco del lugar, reservaba siempre una mesa para Meyer Lansky, apareciera o no apareciera el cliente. En esa mesa, como en todas, había botellas de vino descorchadas y vueltas a cerrar con un tapón cubierto por una corona de plata. En las coronas ponía una inscripción en hebreo, pero yo no sabía su significado; me propuse averiguarlo aquella misma tarde. Detuve el Plymouth en el callejón de Porvenir, junto a una vidriera donde compré cigarros, nunca había pasado tanto tiempo sin fumarme uno, así que lo prendí con ansias y lo terminé antes de llegar al restaurante. En la puerta del Boris prendí el segundo.

Tenía los ojos nublados por el humo cuando la empujé.